

de Isnard, ni el heroísmo magnánimo de Lanjuinais que aferrado á la tribuna protestó sin tregua bajo los puñales de los forajidos, nada pudo liberrar de la destrucción á aquel grupo incomparable de republicanos inexpertos y utopistas, pero llenos de generosidad y de talento; así arrió la Revolución, de su mástil más alto, la flámula dorada y purpurina; ya no quedó á la nave otra bandera que la que enarbolaba la Comuna en los días de peligro nacional, la bandera negra, la muerte. La Comuna era la reina de París y París el rey de Francia.

5. *El Terror; la dictadura de Robespierre*—La Convención, depurada ya, votó una Constitución, con su nuevo capítulo de derechos del hombre, más teórico que el primitivo; con su nueva consagración del derecho de insurrección del pueblo ó de *una de sus fracciones*, etc. No se observó esa Constitución; fué guardada solemnemente en una arca de alianza, cuyo modelo dibujó David, el pintor que resucitó en el arte un género clásico, profundamente artificial como lo eran la retórica de Vergniaud ó de Robespierre.—El peligro crecía, sin embargo, y no era tiempo aquel para gobiernos constitucionales. Unos girondinos, fieles á su deber, habían esperado en París la muerte, que los arrastró á la guillotina, sin poder apagar, sino con su último suspiro, su grandilocuencia y su fe republicana; otros corrieron á los departamentos y los sublevaron, sobre todo los del Mediodía: Burdeos, Lyon, Marsella, Tolon, todo se rebela, mientras los coaligados triunfantes estrechan en torno de la República una cintura de hierro. Los girondinos vieron pronto que las sublevaciones suscitadas por ellos se convertían en realistas. Tolon se entregaba á los ingleses, Lyon caía en poder de los nobles; desesperados, pero estoicos, aquellos proscritos murieron en los bosques ó se suicidaron ó fueron guillotinaados.—«¿Habéis hecho acaso un pacto con la victoria?» Preguntaba un convencional á uno de los promotores de las medidas extremas. «Hemos hecho uno con la muerte,» respondió éste. Jamás se desplegó tanta energía como entonces para asegurar dos cosas: la integridad del territorio y la imposibilidad para la República de volver hacia atrás; los montañeses le cortaron la retirada hacia la paz con un lago de sangre. La reina, los girondinos, la Vendée, las ciudades rebeldes, los clérigos, los emigrados, y pronto una enorme porción de ciudadanos, delatados por *los patriotas*, lo mismo que los falsificadores del papel moneda (asignados) y los monopolizadores, fueron sentenciados á muerte. Eso se llamó *el Terror*, que los comisarios y el ejército revolucionario, especie de gendarmería de la guillotina, que recorría la Francia toda, tuvieron encargo de hacer efectivo por donde quiera.—Y así fué: la guillotina funcionó sin tregua. Lyon, vencida al fin, comenzó á ser sistemáticamente destruída por el insigne bribón Fouché, clérigo renegado que fué luego duque de Otranto y minis-

tro de Napoleón y de Luis XVIII: otro comisario, Carrier, más tarde, ahogaba en masa en Nantes á los prisioneros y á los sospechosos de cualquiera edad y sexo. Estos horrores iban aparejados con medidas de salvación: el levantamiento en masa, la reorganización del ejército, todo lo que permitió rechazar á un tiempo la coalición y vencer las insurrecciones.—Danton, después de contribuir á renovar el supremo arrebató que en 93 salvó de nuevo á Francia, se había ido retrayendo; Robespierre acabó primero con Hebert y la innoble canalla demagógica que se enseñoreaba de la Comuna; después minó los pasos de su gran rival, y por una serie de maquinaciones arrastró á Danton al tribunal revolucionario y á la guillotina; y como Marat había sido asesinado por Carlota Corday, quedó sin enemigos de su talla, al frente de la Convención, de la Comuna, de los Comités de seguridad y de salvación. Entonces este tribuno, que se gloria de ser un discípulo de Rousseau, para dar un carácter augusto á su dictadura, hizo decretar el culto al Ser Supremo (como los hebertistas habían decretado el de la Razón), y en las fiestas celebradas en honor del abstracto Dios de Robespierre, el siniestro demagogo hizo un papel pontifical: la Europa entera aplaudía esta especie de dictadura, Francia la aceptaba y la Convención la sufría.

6. *El Comité de salvación, la guerra civil y el ejército nacional*.—El órgano político de esta dictadura era *El Comité de salut publique*: ya no lo inspiraba la intermitente pero soberana sensatez de Danton; llamado á reducir á la práctica la teoría terrorista, Robespierre lo dirigía con sus acólitos: el primero era St. Just, que exageraba aún las doctrinas de su corifeo y que, á fuerza de matar, quería reducir la vasta Francia á una República espartana, todo artificio y virtud obligatoria; metafísico de veinticinco años, heroico en los campos de batalla y siniestro en la tribuna y en el Comité: «sus discursos cortan como la cuchilla de la guillotina,» decía uno de sus contemporáneos; el otro era Couthon. Bajo ellos estaban los hombres de presa y de sangre, los que ordenaban la muerte para salvar su vida, Collot, Billaud, Barrère, retóricos del Terror, que aplaudían con un sentimentalismo de frase los horrores de un Carrier ó de un Fouché; el grupo de los hombres útiles: Cambon, que abrió el gran libro de la deuda nacional y pretendía organizar el tesoro; Lindet, que salvó á París y á los departamentos del hambre, Jean Bon, que trató de rehacer la marina y logró fundar un núcleo que luego creció; Prieur, encargado de la administración del ejército, y Carnot, que rodeado de un grupo de oficiales de primer orden, trazó los planes de las grandes campañas, estableció la verdadera táctica de la revolución basada en la ofensiva, audaz y perenne, y en el entusiasmo, y *organizó la victoria*. Estos hombres en los caminos, en las

costas, en los campamentos ó en el Comité, no cesaban jamás de trabajar; apenas dormían y comían.

Antes de que el año de 93 concluyera, los vandeanos, que habían amenazado á Nantes y destruído *las columnas infernales* de soldados republicanos que recorrían el país, fueron aplastados por Kleber y Marceau; las ciudades girondinas volvían al poder de la República y Tolon era arrancado á los ingleses, gracias á la habilidad del comandante de la artillería francesa, Napoleón Bonaparte. —En la frontera del Este se habían necesitado esfuerzos supremos para reparar la brecha abierta por la traición de Dumouriez; los viejos generales ó los del sistema clásico, Custine, Luckner, Beauharnais (esposo de la futura emperatriz Josefina), fueron arrebatados á los ejércitos que no sabían conducir, y enviados á la guillotina; ser vencido era ser traidor. Y comenzaron, de las filas de los oficiales y de los soldados, á surgir los generales nuevos, descubiertos por el instinto casi infalible de Carnot y de los Comisarios: Kleber, Marceau, Jourdan, Moreau, Pichegru, Hoche, el más grande de todos, tomaron el mando de los ejércitos, y en tres ó cuatro espléndidas victorias deshicieron la segunda coalición; detrás de ellos venía el prodigioso grupo de los futuros oficiales de Napoleón, de los futuros reyes, príncipes, duques y condes imperiales, hijos del pueblo y de la revolución que se prepararon á hacer caber el espíritu nuevo en las formas antiguas, hasta deformarlas y hacerlas estallar definitivamente. Los catorce ejércitos de la revolución en el periodo épico que va de Wattignies (1793) á Marengo (1800), eran la República viva, la República en lo que tenía de más santo y más puro; á los hombres del interior les dejaban la odiosa tarea de matar franceses; ellos rompían coaliciones, y con los pies desnudos sobre la nieve del Jura y de los Alpes, reían, cantaban y vencían, soñando en una patria ideal, en la República del porvenir; ese cerco de soldados es el aspecto fulgurante y sublime de la Revolución.

El sofisma basado en afirmar una relación de causa á efecto entre la guillotina y la victoria, entre la muerte de Mad. Roland, de Danton, de Lavoissier, el sabio que pedía unas horas para concluir sus experimentos; del dulce, valiente y divino poeta Andrés Chenier, y la Coalición vencida; entre la ley de sospechosos, el asesinato en masa y, en suma, entre el Terror y la salvación de Francia, es una mentira, es una impiedad. Bastaba la concentración formidable establecida por la Convención; bastaba la justicia inflexible, pero sin vendas en los ojos; bastaba el espontáneo y maravilloso arrebato de la Francia nueva, que por primera vez se vencía á sí misma, para salvar á la República. Para Robespierre había un ídolo, la muerte; para el ejército había una religión, la Patria. «En el campo, ante el enemigo, dice el más severo juez

de la revolución, las nobles ideas generales, que entre las manos de la demagogia parisiense se habían tornado sanguinarias prostitutas, son vírgenes puras en la imaginación del soldado. Libertad, igualdad, derechos del hombre, advenimiento de la razón, todas esas imágenes sublimes y vagas flotan ante su vista cuando escalan la pendiente de Jemmapes. Cuando una nación tiene puesto tan alto el corazón, se salva á pesar de las torpezas y los crímenes de sus gobernantes; porque rescata las ineptitudes con su valor y cubre las maldades con su heroísmo.» (*Taine*; la Revolución.— II.)

7. *Thermidor: la reacción.*— Una conjura de exaltados y de moderados en secreto; de sanguinarios feroces como Tallien y Carrier, y de pacíficos como Boissy y Sieyés; una conjura del miedo y el odio arrojó de su pedestal fúnebre á Robespierre, en el mes de Thermidor (Julio de 94) y lo hizo ejecutar con sus principales cómplices. París olía á sangre humana en los últimos meses de la dictadura de Robespierre; la guillotina funcionaba sin cesar; más hijos del pueblo que nobles perecieron en aquella hecatombe sin fin; las prisiones atestadas no se vaciaban nunca á pesar de la siega fatídica del verdugo; los prisioneros se divertían, discutían, enamoraban y afrontaban la guillotina con desdén ó con gravedad, todos con valor, los octogenarios como las niñas, las duquesas como las ramilleteras. La población veía con horror estúpido aquella orgía de sangre; Thermidor la despertó y, á pesar de los vencedores, el Terror concluyó por sí mismo.— Así comenzó la reacción; la Convención, para conservarse, cediendo al empuje de la sociedad, derogó la ley de los sospechosos, suprimió el *máximum* (precio forzoso fijado á los artículos de primera necesidad), proscribió ó hizo morir á los terroristas, llamó á los girondinos supervivientes que, en su mayor parte, se inclinaron al restablecimiento de la monarquía, y en medio de los aplausos de la *juventud dorada* y de las sociedades realistas que pululaban ya en París, ahogó en sangre una insurrección de los arrabales demagógicos. Empeñada, sin embargo, en salvar la República, el año 95 decretó una nueva Constitución, reorganizando bajo un régimen moderado á la nación. Los realistas protestaron con la revuelta en París; mas la Convención les dió una lección tan severa, á metrallazos, gracias á la energía del joven general Bonaparte, que pudo luego disolverse para dejar el puesto á los poderes nuevos.

8. *La obra de la Convención.*— La Convención está colocada en el corazón del movimiento revolucionario, es el protagonista de la gran tragedia. Su obra especial fué la salvación de la Patria; el mejor de los oradores legitimistas franceses lo ha confesado en magníficos términos (Berryer). Pero, ¿no fué ella la que con la muerte de Luis XVI, la proclamación de la guerra á

los reyes y á los castillos y la invasión del territorio extranjero provocó las Coaliciones? Ella fué; mas en eso obedeció al carácter de expansión y proselitismo inmanente en las ideas nuevas y en el temperamento francés; y si así no hubiera sido, Europa, una vez devorada Polonia hasta el último hueso, como lo fué en 1795, habría pensado en apagar el foco de luz encendido en París, y que en sí mismo era un peligro. El Terror está condenado; la Convención merece bien de la Patria francesa.

EL DIRECTORIO.

(1795-1799.)

1. La nueva Constitución.—2. Las grandes campañas; las Repúblicas nuevas.—3. Bonaparte.

La nueva Constitución.—La Constitución del año III dividió el poder legislativo en un Senado, *los ancianos*, y en una Cámara popular, *los quinientos*, y confió á cinco directores. (este fué su error) la presidencia de la República; estos directores fueron cinco regicidas; Carnot era uno de ellos. Pero estaba arrepentido y se convirtió temporalmente en el apoyo principal de la reacción monárquica, que había tramado en toda Francia una vasta conspiración; el descontento público por los préstamos forzados y la bancarrota del tesoro, medidas que tomó el Directorio para poder vivir, eran los mejores elementos de los planes de los reactivos; en vano se rompió la plancha que servía para imprimir los *asignados* (papel moneda emitido por valor de cerca de cinco mil millones de pesos, tan depreciado ya, que doscientos pesos en asignados equivalían á dos en metal) que el gobierno empezó á redimir creando nuevos bonos cuya garantía eran los bienes nacionales; en vano las elecciones de 97 enviaron una mayoría realista al Consejo de los Quinientos; Bonaparte y Moreau se pusieron de acuerdo con el director Barras, enviaron fuerzas á París, y como el ejército estaba impregnado del más intransigente republicanismo, quedó desecho el triunfo realista y muerto el partido para siempre. Fuera de obscuras conspiraciones, no debía resucitar, pero profundamente modificado, hasta la caída de Napoleón en 1815.

2. *Las grandes campañas; las repúblicas nuevas.*—Mucho se ha hablado de la incapacidad del Directorio, de su corrupción; esto sólo en parte es cierto; la corrupción era de la masa social, que había perdido en la desorganización profunda de la crisis revolucionaria todo freno moral y se entregaba con ahinco inverosímil al placer, á gozar de la vida que habían sentido todos

tan insegura; esta corriente lo envolvía todo, gobernantes y gobernados. Pero hay que recordar que en esta época la energía de la nación reconcentrada en los ejércitos hizo prodigios; á pesar de la traición de Pichegru en el Rhin, el territorio se mantuvo inviolado, mientras el general Bonaparte llevaba á término esa fulminante campaña de Italia en que de victoria en victoria se hizo dueño de la Península, deshizo á todos los generales austriacos y obligó al Emperador á firmar la paz. (Campo-Formio, 1798.)—Al paso de los ejércitos de la revolución habían surgido repúblicas nuevas en Holanda, en Bélgica, en Alemania, en Italia, y estas repúblicas resultaban admirables órganos de propaganda de las doctrinas revolucionarias que á la larga iban á transformar el ser político de Europa; esta propaganda consistía en la demolición de lo antiguo, de grado ó por fuerza, por el sólo hecho del establecimiento de administraciones á la francesa y por las ideas que, despojadas en la vida militar de lo que tenían de abstracto é impracticable, y gracias al buen sentido, que después de la fiebre revolucionaria había vuelto á imperar en el alma francesa, determinaron una corriente de humanitarismo, de tolerancia y de afición á las instituciones populares, que como el *gulfstream* había de modificar con sus ondas tibias la temperatura política del siglo XIX.

3. *Bonaparte.*—La campaña de Italia había puesto de resalto la figura de Bonaparte. Ya en la guerra, á la par que gran capitán, se había mostrado un político inquieto y lleno de indeterminadas pero vastísimas ambiciones; en realidad no reconocía Gobierno; en su campamento estaba el Gobierno de Italia y de su ejército. Cediendo un poco á una preocupación nacional y otro poco á una necesidad de las circunstancias, llegó á convencerse de que en la historia de Europa se planteaba este dilema fatal: *ó Francia ó Inglaterra*. Sólo la nulificación de la una podía permitir la existencia de la otra; de aquí el inmenso error de la campaña de Egipto para arrancar á Inglaterra el camino de la India, capítulo primero de la demolición de su imperio colonial; inmenso error, porque el éxito sólo podía fundarse en la dominación marítima del Mediterráneo, lo que era imposible á Francia, inferior á su rival en poder marítimo, y porque privaba á Francia de su mejor ejército, precisamente cuando Inglaterra iba probablemente á hacer un esfuerzo supremo para rehacer *la Coalición*, tantas veces vencida.—Así fué; mientras Bonaparte conquistaba en una brillante campaña á Egipto y se estrellaba en la conquista de Siria por la resistencia de San Juan de Acre, Austria, Rusia, ya gobernada por el Emperador Paulo, Nápoles, Portugal y Turquía, se concertaron con Inglaterra para invadir á Francia. Suvaroff, guerrero místico y feroz que había matado 30,000 turcos en Ismail y 12,000 polacos en Varsovia, cuando